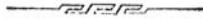


Batalla dada á los franceses en Vitoria y sus alrededores
el año 1813 y parte que en la misma tomó
el general don Miguel Ricardo de Alava ⁽¹⁾



A la más linda Alava

Después de la gloriosa jornada del 2 de Mayo quedó aletargado el espíritu patrio; mas al poco tiempo—dice un historiador—á la manera, que tras largos días de tempestades y borrascas consuela y anima ver la luz del sol, siquiera salga todavía por entre celajes, y alienta la esperanza de que brillará en todo su esplendor acabando de disipar las negras nubes que le encapotaban, así tras una larga serie de miserias, de flaquezas y de humillaciones, tras tantas y tan deplorables escenas de falsía, de perfidia y de traición por una parte, consuela y anima al historiador español ver á su nación levantarse enérgica, vigorosa y altiva, despertar del letargo en que parecía haberse adormecido sacudir su aparente indolencia, mostrar su antiguo brio y como herida de una percusión eléctrica, rebosando de ira y de coraje contra la alevosía y la opresión de unos, contra la miserable prosternación de otros, alzarse toda entera, unánime y casi simultáneamente ella soia, sin jefes ni caudillos,

(1) Trabajo premiado en el certamen celebrado por la colonia alavesa de Bilbao para solemnizar la fiesta de su patrono San Prudencio.—año 1906.

sin preparativos ni recursos sin prévia inteligencia ni acuerdo y llena de santa indignación, soltando los diques á su comprimido enojo y sin medir ni comparar sus fuerzas, sin oír otra voz ni escuchar otro sentimiento que el del amor patrio, vivificada por este fuego sacro, desafiar al coloso de Europa, removerse imponente y tremenda y arrojarse con ímpetu formidable defender su independencia amenazada á vengar ultrajes recibidos, á volver por su dignidad escarnecida. ¡Grandioso y sublime espectáculo, cual rara vez le ofrecen las naciones, cual rara vez le presencian los siglos!

En las mismas fragosidades de Asturias donde once siglos antes se había lanzado el grito contra los sarracenos, brilló la primera chispa de aquel fuego que pronto se apoderó de toda la Península; y en todas partes hubo corazones que purificados por el amor á la patria se convirtieron en avivadores de la hoguera para transformarla en volcán devastador. ¿Quién que haya recorrido las páginas de nuestra historia no recuerda con veneración los nombres de Toreno, el marqués de Santa Cruz, el batallón literario, el obispo de Santander, Palafox, el tío Roque y la extraordinaria Agustina Zaragoza?

Todas las provincias españolas sacudieron el sopor que las dominaba y la provincia de Alava dió muestras de su vitalidad en un acuerdo adoptado por los individuos de su Junta provincial y en el que se habla de injusta opresión del emperador de los franceses y que temiendo ser arrastrada y obligada á la ejecución de actos contrarios á los sentimientos de amor que animan por la persona de su amado rey don Fernando VII declaraba desde aquel momento nulos y violentos y ejecutados por violencia y contra la libre voluntad del Cuerpo general de la provincia: deseando ella coadyuvar á los demás reinos y provincias de España y hacer masa común para la defensa de la patria y rebatir al enemigo que la devasta; obligándose la provincia á contribuir con gente, armas, víveres y demás que las circunstancias exigiesen. Don Francisco Antonio de la Fuente, don Manuel José de Murga, don Juan María de Luzarraga, don Melchor de Uria, don Casimiro Sáenz de San Pedro, don Marcos Martínez Ballesteros, don Santiago de Lejarazu, don Trifón Ortiz de Pinedo, don Francisco Cristobal de Montoya, don Andrés de Albiz, don Dionisio Xerica y don Julian Salazar, fueron los esforzados alaveses que tomaron el acuerdo, no intimidándoles el poderoso ejército de 62.000 hombres que á orillas del Ebro tenía Bonaparte.

Esta página de la historia alavesa, es tan gloriosa como la del 19 de

Abril de 1808, en que cansados los vitorianos de tantas vejaciones sufridas por la conducta de los oficiales y soldados franceses, por el excesivo número de fuerzas alojadas, acudieron como un sólo hombre á la hoy calle de Moraza para evitar que Fernando VII saliera de Vitoria. Es tradición que el poeta y alguacil Rico y don Martin Susaeta cortaron los tirantes que sujetaban las mulas al coche real.

Las intenciones del emperador de los franceses bien claras se manifestaron á los españoles y por doquiera que aparecía un hombre de noble corazón y vigoroso empuje era pronto rodeado de pechos esforzados dispuestos á seguirle y sacrificar sus vidas por la independencia de su patria; así se constituyeron aquellas activas guerrillas que tanto daño causaron al enemigo coronándose de gloria los que sin ninguna instrucción militar dieron frente á las hasta entonces invencibles legiones francesas. Distinguióse como digno émulo de Mina el célebre guerrillero alavés don Sebastián Fernández (a) Dos pelos. Estos grupos adquirieron luego alguna organización y en serie admirable de encuentros, resistiendo el empuje del poderoso ejército francés y ayudando al pueblo español llegaron todos al pináculo de lo grandioso en el Bruch, en Gerona, en Zaragoza y en Bailén, demostrando al mundo que por el pueblo español corra la misma sangre de los numantinos y saguntinos y que si éstos les legaron un nombre glorioso, haciendo frente á las poderosas legiones romanas, ellos lo supieron conservar sin mancilla y con honra deshaciendo el ejército invencible del emperador de Europa.

A ruego de varias provincias que enviaron comisionados, Inglaterra prestó su concurso á España para arrojar de su suelo al invasor; pero lo hizo más por propio interés y por que desapareciera el poderío de su constante enemiga, que por libertar á la Península de las garras francesas.

Fué nombrado capitán general del ejército aliado lord Wellington, poniéndose á sus inmediatas órdenes una fuerza de 50.000 hombres.

Este general había obtenido señalados triunfos sobre los franceses de tal modo que á fines del año 1812, no era nada halagüeña la situación del ejército de Napoleón. Un historiador francés, Thiers, resumiendo los resultados de este año dice:

«Esta triste campaña de 1812, que después de comenzar con la pérdida de las plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz dejadas imprudentemente al descubierto por nosotros, ya para tomar á Valencia pa para encaminar parte de nuestras fuerzas hacia Rusia, se interrumpió un

momento, tornó á ser perseguido y señalóse por la pérdida de la batalla de Salamanca, de resultas del alejamiento de Napoleón, de la autoridad insuficiente de José, de la negativa de varios generales á aprontar socorros, de la lentitud de Jourdan, de la temeridad de Marmont; campaña que terminó por la salida de Madrid, por la evacuación de Andalucía, por una reunión de fuerzas, que, si bien tardía, pudiera hacer expiar á lord Wellington sus harto fáciles victorias. si la condescendencia de José y Jourdan, al discernir el buen partido que debía tomarse y no osar hacer que prevaleciese, no produjera la Última desgracia de ver á un ejército de 40.000 ingleses escaparse de 85.000 franceses colocados sobre su línea de comunicaciones. Así, este año de 1812, los ingleses nos tomaron las dos plazas importantes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva, nos quitaron á Madrid, nos obligaron á evacuar á Andalucía, nos desafiaron hasta Burgos y volviendo sanos y salvos de tan atrevida algarada pusieron de manifiesto la debilidad de nuestra situación en España, debilidad debida á muchas causas deplorables, si bien referentes á una sola, al descuido de Napoleón, que grande como era, no poseía el don de ubiquidad, y no pudiendo mandar bien desde París, menos lo podía desde Moscou; que resolviéndose al fin á fiar su autoridad á su hermano, no se la delegó plena, por desconfianza, por prevención, por no se sabe qué enfado inoportuno.»

En estas condiciones, Wellington se preparó al comenzar el año 1813 para hacer la gran campaña, realizándola de modo tan glorioso y feliz que en menos de un mes habían los aliados llevado á cabo una marcha que concluyendo en las provincias Vascongadas había empezado en Portugal y en los puntos opuestos y distantes de Galicia, Asturias y Extremadura. Más de una vez—dice el conde de Toreno—hemos oído de boca de lord Wellington en conversación privada, que nunca había dudado del buen éxito de la acción que entonces se preparaba, seguro de los bríos y concertada disciplina de sus soldados.

Acosados los franceses por los movimientos de los aliados, en su rápida retirada desde Madrid, siempre se vieron hostigados, la parte derecha por los anglo-españoles, y la izquierda por los guerrilleros; llegando; el 16 de Junio á establecer su cuartel general, después de la voladura del castillo de Burgos, en Miranda, donde José ordenó para cubrir las comunicaciones con Francia que Reille reuniera sus tropas y fuese sobre Valmaseda y Bilbao; á Gazán le mandó sobre Espejo con dos divisiones y alguna caballería, á Foy, que estaba en Tolosa, que se uniera á Reille:

conteniendo así el avance de los aliados y dando tiempo á que llegara Clausel.

Los soldados después de una penosa marcha por la Aspereza del camino y la escasez de víveres que les hizo pasar hambre en alguna ocasión, ganaron el Ebro; el cuarto ejército al mando de Girón por Polientes, por San Martín de Lines el del inglés Graham y Wellington con los anglo-portugueses por Puente-Arenas.

En Medina de Pomar se unió á los españoles Longa, que con los Salcedos y Mendizabal se oponían al movimiento de Reille que se dirigía á Bilbao. Atravesando la Rioja el guerrillero don Julián Sánchez logró ponerse en contacto con Mina para evitar que Clausel se uniera al grueso del ejército francés.

En vista de las anteriores maniobras, el aturdido José, dice un erudicto escritor alavés (1), que ya no daba pie con bola, á pesar de tener á su lado al famoso Jourdan, ordenó la retirada á Vitoria, Reille le aconsejaba torcer á Navarra; pero José por mantener expedita la comunicación con Francia, por no exponer á Clausel que á su llegada á Vitoria se encontrase con los aliados en vez de los franceses ó bien por no perder el convoy magnífico que tenía en Vitoria, es lo cierto que no aceptó los consejos de su general.

Decidido José á conservar el convoy y dirigirse por la carretera de Francia, ordenó que el 18 partiese Reille hacia Valdegovia para conservar la retirada segura; al llegar á Osma se encontró con la división aliada de Graham que avanzaba por los desfiladeros de Losa, en donde trabaron un combate, en el que sufrió algunas pérdidas: al retirarse Reille hacia Espejo tropezó con algunas fuerzas destrozadas de Maucune que habían sido batidas por Alten; unidos Reille y Maucune fueron á Pobes por Salinas de Añana, mientras que los aliados se dirigían por Berberana á los montes de Guibijo y Sierra de Arcamo. El mismo día 18 y con arreglo á lo resuelto en Miranda, José se dirigió de este punto á Vitoria con objeto de proteger el paso de la Puebla de Nanclares, se reconcentraron en Armiñón, Erlón y Gazán que tomaron posiciones á la izquierda del Zadorra, á consecuencia de un ataque de los ingleses.

Reille llegó á Nanclares echado de Pobes y Subijana de Morillas por

(1) González Echavarrí (don Vicente).— Tomo IV pág. 631 de Alaveses ilustres.

la división de Lawry Cole, según se cree mandada por el mismo Wellington.

Después de una conferencia con el general Alava que por su gran prestigio y conocimiento del país podía ilustrarle; Wellington la noche del 19, ordenó que el general Graham, fuese á tomar el monte de Araca y algunos puentes por Murguia, Zaitegui y Echévarri, con objeto de cortar la retirada al enemigo. El movimiento de la derecha, se dirigía á apoderarse de los montes de Zaldiarán y el paso de La Puebla encomendándose esta operación al general Hill; el encargado del centro era Wellington; éste quedó algo indeciso al saber que la división Clausel, desde San Vicente de Somsierra iba á unirse al grueso del ejército, como esta noticia la recibió el 20, comprendió la importancia de tal refuerzo para los contrarios y se decidió Wellington á dar la batalla el día siguiente.

José, suponiendo que la división Clausel llegaría el día inmediato, ordenó que la división Maucune con el convoy se dirigiera á Salinas de Leniz.

Los franceses estaban situados en esta forma: «en lo alto del Zadorra las tropas de Reille ocupaban á Durana, Gamarra mayor y Abechucó, con fuertes regimientos de dragones á retaguardia entre Arriaga, Ali, Zuazo y Lermenda. En el centro, desde Margarita por Tres-puentes y Villodas hasta Subijana, se extendía el ejército llamado de Andalucía, del conde de Gazán, cuya división Maransin se posesionó de los altos de la Puebla desde el boquete hasta Zumelzu. La segunda línea se componía del ejército del conde de Erlon, extendido desde las alturas inmediatas á Vitoria por Gomecha hasta Ariñez; estas fuerzas eran de reserva. Toda la carretera de Francia desde Vitoria hasta Arlabán, estaba ocupada por el convoy, por la artillería de sitio, coches en que iban las familias fugitivas y por grandes recuas de caballerías cargadas. Al otro lado del puerto de Salinas, y sin tener noticia de cuanto pasaba, estaban Maucune, que había llegado con su convoy á Escoriaza y Mondragón y el ejército del general Foy fuerte de 10.000 hombres que para desgracia de los franceses, no acudió tampoco á tomar parte en la batalla. (1)

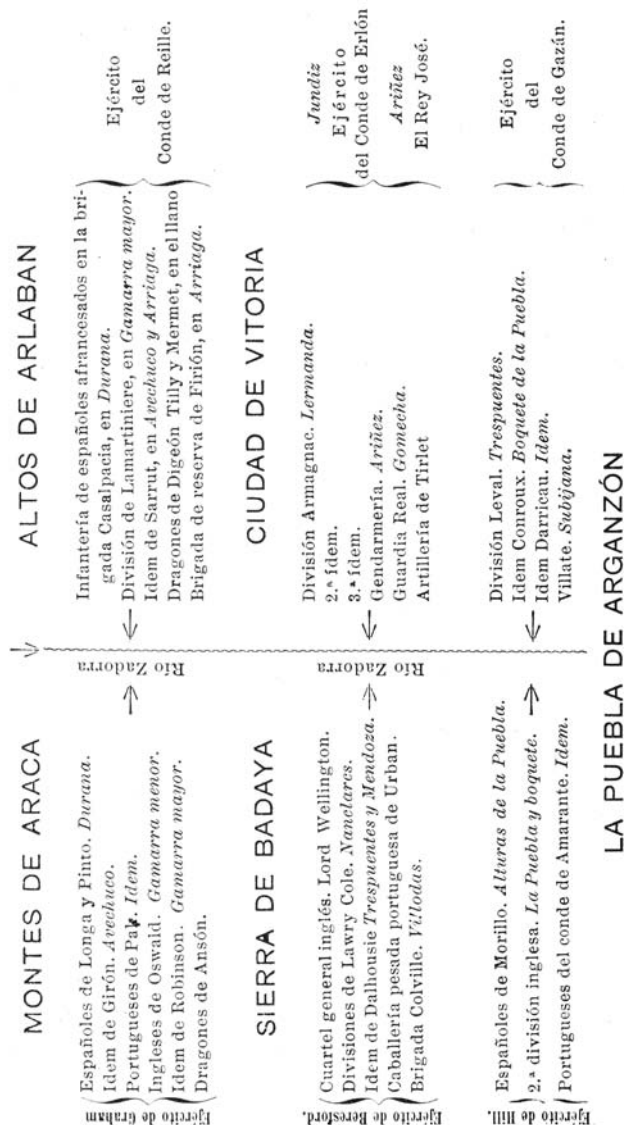
Mucho han fantaseado los escritores franceses sobre las fuerzas que pelearon en Vitoria; dice Jourdan en sus memorias y otros le siguen

(1) Becerro de Bengoa. El general Alava.

que eran poco más de 40.000 hombres: pero Thiers á quien no se puede tachar de imparcial afirma que no bajaban de 54.000; Becerro de Bengoa, parece estar en lo justo al consignar 56.000 los soldados de José.

Los aliados contarían escasamente unos 80.000, ocupando ambos ejércitos las posiciones siguientes:

POSICIONES DE LOS COMBATIENTES (1)



(1) González Echavarri (don Vicente), Pág. 637. Tomo IV. *Ataques ilustres*.

Al amanecer salió de Vitoria José acompañado de Jourdan que estaba muy delicado de salud, á reconocer las posiciones, llegando á Tres-Puentes.

El general sir Rolando Hill, con su ejército era la derecha de los aliados, fué el encargado de avanzar por La Puebla. Cabiéndole la gloria al general español don Pedro Morillo de haber sido el que iniciara esta gran batalla. Apoyado por las dos restantes divisiones de Hill, se dirigió á tomar las magníficas posiciones del general Maransin en los montes de La Puebla: con ímpetu y denodado arrojo acometió el caudillo español, pero los franceses presentaban tal resistencia que Hill tuvo que mandar en su ayuda al 71 regimiento inglés de línea; que con su coronel Cadoyan á la cabeza y tocando la marcha «Johnny Cop» llegaron á la cumbre. Era de mucha importancia la posesión del monte de La Puebla por dominarse desde allí el desfiladero que forman este monte y los altos de Tuyo, y por enmedio del cual pasan el Zadorra y la carretera de Francia, comprendiéndolo así el general Gazán, mandó á las brigadas Darrican y Conroux que auxiliasen á Maransín, mas como los españoles, dado su modo de pelear en montuosidades lo defendían admirablemente, no pudieron llegar los franceses más que á la mitad del monte; decididos á recuperarlo, Gazán mandó que Villate ayudara aquellas fueras; atacando todas con tal empuje que lograron alcanzar la cima después de un rudo combate, en el que pereció el valiente jefe del 71 de línea inglés y fué herido don Pedro Morillo, quien no abandonó el mando, y consiguió poco después arrojar á los franceses á la llanura.

Con la ida de Villate quedó la embocadura del desfiladero desguarnecida, aprovechándose de esto Hill para atravesar el desfiladero y dirigirse á Subijana, la que tomó después de una encarnizada lucha por haber José lanzado en su contra la reserva y el centro mandados por el conde de Erón Wellington que desde la sierra de Badaya vió el apuro de Hill mandó en su apoyo á Beresford que pasó el Zadorra por Nanclares, la 3.^a y 7.^a división al mando de Dachousie tomaron Trespuentes y el puente de Momario; el puente de Villodas lo ganaron la brigada de Colville y otras, la cuarta división á las órdenes de Lawry Cole cruzó el puente de Nanclares: Siendo de notar que los franceses no hubieran roto ningún puente para hacer más difícil el avance de los contrarios.

Colocado el centro británico en la orilla izquierda del Zadorra pro-

siguió su acometimiento contra el enemigo y principalmente contra el cerro artillado de Jundiz, que con 50 cañones mandados por Tirlet, ametrallaban á los ingleses en su avance: el mortífero fuego que hacían los franceses hizo detener en su marcha á los ingleses, mas colocadas dos brigadas de artillería en una loma inmediata, lograron avanzar y apoderarse de aquella posición en el momento que la izquierda había conseguido pasar el Zadorra.

Los franceses al ser arrojados de Ariñez por la brigada Picton, por la artillería del coronel Gibles y el 52 de línea, se dirigieron á Subijana, donde Hill les hizo un horrible destrozo, introduciendo el desorden en las filas de Gazán que no pudo llegar á las alturas de Ezquivel porque Morillo estaba en Berrosteguieta y Zaldiarán y además por haberles engañado un aldeano se desviaron, no quedándole otro remedio que retirarse á Argomaniz.

Mientras esto ocurría en la derecha y centro de los aliados, la izquierda no permanecía ociosa; puesta toda ella en contacto, con la llegada de la división española de don Pedro Agustín Girón que era la apostada más lejos, y que habiendo salido de Valmaseda llegó á Orduña; el 20 se avistó con su jefe el general Graham en Murguía; quedando don Pedro encargado de apoyar las maniobras de los aliados y entrar en pelea siempre que fuera necesario. El general Graham no pudo llegar antes de las diez de la mañana al alto de Araca que se le había señalado, para llegar al cual hubo que subir en hombros los cañones.

Longa con su división de la que formaba parte el 2.º de Alava, con los hermanos Salcedo y el escuadrón agregado al mismo se apoderó de Gamarra menor y de la subida de Arlabán, en donde hizo presa de gran parte del convoy, forzando después el puente de Durana; Robinson con su brigada hizo retroceder á la división Lamartiniere tomando Gamarra mayor y apresando tres cañones; entre tanto Graham con la brigada portuguesa de Pak y la primera división inglesa en la que se distinguió Anson al mando de una brigada de dragones, se apoderó de Avechuco y por dos veces del puente de Arriaba, quedando definitivamente en su poder con tres cañones y un obús á la tercera y cuando después de muerto su primer defensor Sarrut, era defendida por el general Menne.

Después de este avance, efectuado al mismo tiempo que el de la derecha, empezaron los franceses la retirada en toda la línea; haciendo un supremo esfuerzo en las alturas que de Ali suben á Armentia; pero la

división Lawry Cole (de la derecha de los aliados) á pesar del terrible fuego de las baterías francesas, llegó á hacerse dueña de las posiciones y de ochenta cañones que dejaron clavados.

Graham de frente y por el camino de Vitoria los dragones ingleses tenían acorralado al valiente Reille; éste después de recoger las tropas de Sarrut y Lamartiniere, lanzóse con las brigadas de Digeón, Tilly y Merinet contra la caballería inglesa, trabándose en Arriaga una terrible lucha, y protegiendo así la retirada de su ejército hasta Betoño, al salir del monte y dehesa de este pueblo con dirección á Nanclares fué acometido por la caballería inglesa y portuguesa combinadas, para hacerlas frente destacó á los regimientos 5.º de dragones y 3.º de húsares que dieron dos cargas entre Arcaute é Ilázarra: al llegar á Matauco la persecución era tan horrible y peligraba de tal modo la retirada de su ejército que formó el cuadro y en él resistió hasta que creyó salvadas sus tropas cuando se hallaban á buena distancia en el camino de Salvatierra.

La retirada del ejército francés no pudo ser más desastrosa: de todos los sitios que podían prestarle ayuda eran arrojados y lanzados contra Vitoria; todo era desorden y confusión, quedaron abandonados 151 cañones, los almacenes y los bagajes; perdiendo en tan memorable batalla 8.000 hombres y en la que tan sólo quedaron 1.000 prisioneros por la ligereza en ponerse á salvo y por protegerles la aspereza del terreno.

El hermano de Napoleón, José, estuvo á punto de ser copado, librándose merced á haber montado á caballo y dejado el coche en poder de sus perseguidores, los que se hicieron dueños de la correspondencia, una espada que la ciudad de Nápoles le había regalado y otras cosas de lujo y alguna tan curiosa que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.

La derrota de los franceses no pudo ser más desastrosa y el cuadro que presentaba el que fué campo de batalla no podía ser más lúgubre y terrible; de tal modo lo pintan la historia y la tradición, que el Conde de Toreno dice que el campo de Vitoria asemejóse en sus despojos á lo que Plutarco nos ha trasmitido de la batalla de Yao, teniendo sólo los nuestros menor dicha en no haber sido completa la toma del botín como entonces lo fué con la entrega de Damasco, pues ahora salvóse una parte en un gran convoy que salió de Vitoria escoltado por el general Maucune á las cuatro de la mañana del mismo día 21.—En él iban los célebres cuadros del Ticiano y de Rafael, muestras y ejempla-

res del gabinete de historia natural y otros efectos muy escogidos, todo ello producto de la rapiña y del despojo que en su retirada desde Madrid había llevado á cabo el ejército francés y que custodiado por el coronel Hugo había llegado á las cercanías de Vitoria.

Todo lo demás quedó en poder de los aliados; tan magnífico botín hace exclamar á Toreno.—¡Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del día, qué de bebidas también y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de varios linajes: no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos, muchos por el suelo y alterados después ó destruídos!

Se perdió igualmente el bastón de mando del mariscal Jourdan, que pasó á poder de lord Wellington, quien hizo con él rendido y triunfal obsequio al príncipe regente de Inglaterra, quien á cambio le hizo merced del de feld-mariscal distinción otorgada á muy pocos.

Las cortes españolas, á propuesta de don Agustín Argüelles, concedieron á Wellington y sus herederos y sucesores el sitio y posesión real Soto de Roma en la huerta de Granada.

Napoleón al enterarse del desastre, lleno de ira, ordenó á su hermano José que se retirara del ejército, que no pisara París y que no le visitara ningún funcionario bajo pena de apresarle; mandando que en el cargo de generalísimo del ejército de España, le sustituyera su mayor enemigo el mariscal Sarrut.

España entera se reanimó con la magnitud de la victoria comprendiendo que una vez introducida la desmoralización en los franceses por el efecto de la derrota, no les quedaría otro recurso que dirigirse á Francia.

En los campos de Vitoria llegó el poderío francés á desplomarse, cogiendo en sus escombros al que poco antes paseaba altivo su ejército por la Península, titulándose: El rey José.

El general Alava

La intervención que el general Alava tuvo en la famosa batalla, no pudo ser más importante; amigo de Wellington, de quien no se separó durante toda la campaña, aguerrido militar y gran conocedor del terre-

no en que se iba á combatir, fué consultado por Wellington en Miranda; éste, según Arrese, siempre escuchó con respeto el consejo del general Alava y nadie logró inspirar tanta confianza en el ánimo de lord Wellington ni le mereció tampoco testimonios más expresivos de su consideración y aprecio.

Con estos antecedentes no es aventurado asegurar que en la concepción del plan cabe no poca gloria al general Alava.

En el fragor de la lucha titánica de los aliados para tomar el cerro de Jundiz, se vé al general Alava, avanzar intrépido y llegar á la cumbre, en compañía de Wellington, Beresford y el príncipe holandés de Orange; mas donde la figura de Alava se destaca gallarda, simpática y llena de amor al pueblo que poco antes le había nombrado su diputado es en la proposición que hizo el generalísimo Wellington suplicándole que le permitiera ir á Vitoria con un regimiento para defender á su pueblo de los excesos de los vencidos y de los vencedores. Esto lo hacía el general Alava después de haberse batido como un héroe, y en el momento en que el ejército francés en completo desorden se retiraba á Vitoria.

El general Alava con un regimiento inglés de caballería se dirigió, dando un gran rodeo por Ali, á Vitoria, penetró por la calle Herrería y llegó hasta la Plaza Nueva, acuchillando á loz pocos franceses rezagados que encontró en su camino.

Los vitorianos, al saber que el ejército francés avanzaba derrotado, y los destrozos causados por los ingleses pensaron en los robos y tropelían que tendrían que sufrir; llenos de miedo, cerraron sus casas donde permanecieron hasta que se enteraron de la llegada del general Alava, y que éste recorría las calles llevando á todos los ánimos la tranquilidad perdida y dando á sus paisanos seguridades de que en Vitoria no pernoctarían más que las tuerzas de su mando. (1)

Entonces se desbordó el entusiasmo; los vates populares con sus improvisadas estrofas, y el clamor de la muchedumbre mezclado con el repique general de campanas pregonaban el júbilo de los vitorianos por el triunfo obtenido y por tener la Ciudad un hijo que en momentos tan angustiosos se acordaba de ella, libertándola de los desmanes de vencidos y vencedores y cumpliendo de este modo la palabra empeñada al contestar el oficio nombrándole diputado de la Provincia. Inenarrable

(1) Memorias del ingeniero señor Echánove, testigo presencial de aquellos sucesos.

era el placer y alegría de los alaveses, viendo á su caudillo rodeado de sus antiguos camaradas, atravesar las calles de Vitoria, se estrujaban unos contra otros para poder acercarse y contemplar al general alavés que de modo tan admirable se había conducido no sólo con sus paisanos, sino con los franceses prisioneros y sus señoras, prodigando á todos el consuelo de verse respetados.

Wellington, deseoso de hacer ostensible el aprecio que por el general Alava sentía, visitó á su prometida doña Loreto Arriola en su casa de la Correría. Dirigiéronse Alava y Wellington al otro lado de Vitoria, demostrando la bondad de su corazón con los desgraciados prisioneros. Digna de ser española fué la caballerosidad de Wellington al poner en libertad á la condesa de Gazán y darla una escolta que la acompañó hasta encontrar á los franceses.

Los vitorianos por medio de su Ayuntamiento, demostraron su profundo agradecimiento al general Alava regalándole una espada con las armas de la ciudad y una expresiva dedicatoria, y haciendo grabar un curioso cuadro que representa la entrada del general en la Plaza Vieja.

La provincia de Alava tampoco se ha mostrado ingrata con el insigne caudillo; en el vestíbulo de su Palacio Provincial hay una estatua del general al lado de otras de patricios alaveses, que simbolizan las aspiraciones de la provincia: Verástegui y Alava, el amor á la independencia nacional por la que tanto trabajaron, y el gran Moraza, ese soberano amor al terruño, que nosotros los vascos condensamos en los Fueros.

APÉNDICE (1)

Don Miguel Ricardo de Alava

Nació en Victoria el 7 de Febrero de 1772 y murió en Baréges (Francia) el día 14 de julio de 1843. Habiendo ingresado en la marina

(1) El que esto escribe cree de utilidad el colocar como apéndice esta pequeña biografía debida al erudito escritor don Vicente González Echávarri en su libro Victoria Artística.

de guerra, Tolón, el cabo de San Vicente y Trafalgar fueron testigos de sus heroicos actos: agregado al ejército como voluntario con el grado de coronel siguió la campaña de la independencia luchando en las más sangrientas acciones; nombrado representante del gobierno español cerca de lord Wellington, como diplomático y militar se captó el cariño del ejército británico, que reconocía en él la mayor parte del éxito de aquellas memorables jornadas que honran la historia de España, desde la toma de Madrid por el duque de Ciudad Rodrigo hasta el abrazo de paz realizado en Tolosa de Francia.

Diputado general de Alava en 1813, asistió á la memorable batalla de Vitoria salvando á la ciudad del incendio y la ruina; gobernador militar de la misma en 1821 supo domeñar la audacia de los realistas sublevados en Salvatierra en número muy considerable al mando de Uranga, destruyendo sus retrógados planes diputado á Cortes por la provincia, defendió el estandarte de la libertad hasta el último baluarte de Cádiz (1823) siendo condenado á muerte y emigrando a Inglaterra; repatriado diez años después, á la muerte de Fernando VII, perdonó generosamente á su provincia el acto de ingratitud que con él cometió don Valentín María de Verástegui y la Junta general por él presidida en 1824, mandando sacar del salón de sesiones su retrato, que según Egaña fué quemado en la plaza; general agregado al ejército inglés, asistió al memorable combate de Waterloo; plenipotenciario en Holanda sufragó de su peculio enormes gastos que correspondían á España; embajador en Inglaterra fué el inspirador del convenio de lord Eliot para humanizar la primera guerra civil, consiguió del gobierno británico el envío de la legión inglesa con la que combatió personalmente á los carlistas en Hernani, é intervino con el gabinete Tory para que se realizara el convenio de Vergara; y por último, electo ministro de Marina y presidente del Consejo, renunció modestamente á tan altos empleos.

DARÍO DE ARETIO.

